

## Charles Darwin, una visita a Santa Cruz de Tenerife decepcionante



Charles Darwin, una de las figuras más señaladas de la ciencia que apenas necesita presentación, y amigo de Marianne North, soñaba con visitar la isla del Teide, Tenerife. Durante el último año en Cambridge leía con atención y mucho interés *Introduction to the Study of Natural Philosophy* de John Frederick William Herschel y la edición inglesa de *Personal Narrative of travels to the Equinoctial Regions of America* de Alexander von Humboldt. Ningún libro de la docena que había leído le influyó tanto como esos dos. Con respecto al escrito de Humboldt, Darwin tomó

nota de los largos párrafos sobre Tenerife y se los leía en voz alta al profesor y amigo John Henslow en algunos de sus paseos con él y otros amigos. “Les hablaba de las gloria de Tenerife y algunos del grupo comentaban que intentarían ir allá, pero creo que hablaban medio en broma. Yo, sin embargo, me lo tomé muy en serio”.<sup>1</sup> Se sintió fascinado por Tenerife a consecuencia de la lectura de las páginas que el naturalista prusiano escribió durante su estancia. Llegó incluso a imaginarse nuevas y espectaculares especies en las arenas y los bosques de Tenerife. El libro de Humboldt tuvo una profunda influencia sobre Charles Darwin y la ciencia natural victoriana en general. Esas nuevas especies, la vegetación tropical, el tan aclamado drago de Franchi de La Orotava, las montañas volcánicas y el ascenso al Teide habían despertado tanto el apetito por la isla canaria del joven Darwin, que aún sin partir de Inglaterra, su pensamiento estaba en Canarias. No hacía sino «leer y releer» a Humboldt.<sup>2</sup> Darwin tenía esperanza de visitar Tenerife algún día. Y llegó el momento, cuando contaba con 21 años de edad.

En el año 1831 Darwin recibe una carta de su amigo Henslow informándole de que el capitán Robert Fitz Roy “estaba deseoso de compartir su camarote con algún joven que se ofreciera como voluntario para ir con él como naturalista, sin paga alguna, en el viaje del *Beagle*”.<sup>3</sup> Darwin, sin dudarle, partió para Cambridge para ver a su amigo y de ahí a Londres para encontrarse con Fitz Roy, a quién le comunica que él estaba dispuesto a acompañarle a la expedición científica que el Almirantazgo le había confiado en el *Beagle*. Se trataba de un viaje de estudio a las costas de la Patagonia, Tierra de Fuego, Chile, Perú y de algunas islas del Pacífico, además de hacer una serie de observaciones cronométricas alrededor del mundo. Darwin se volvió loco a pesar de la oposición de su padre.

El 27 diciembre de 1831 zarpó de Davenport el buque de Su Majestad *Beagle*, de

10 cañones, al mando de capitán Robert Fitz Roy para realizar una vuelta al mundo que duraría cinco años. Llegó al puerto de Santa Cruz de Tenerife el 6 de enero de 1832. Sin embargo, el cólera había sido declarado en Inglaterra y Darwin afectado por él tuvo que permanecer recluido en su camarote para recuperarse. El aire seco de las regiones subtropicales actuó como un bálsamo, lo que supuso que la enfermedad empezara a amainar. A pesar de que el naturalista inglés ya estaba totalmente recuperado, al barco se le aplicó la cuarentena por 12 días y no pudo desembarcar. El *Beagle* tuvo que retirarse de la orilla y permanecer dos días en las afueras del muelle. En su libro *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*, tomo en forma de Diario de la historia del viaje, Charles Darwin solamente menciona que llegó el 6 de enero (1832) a Tenerife “donde se nos impidió desembarcar por el temor de que lleváramos el cólera. A la mañana siguiente vimos alzarse el sol tras la quebrada línea de la mayor de las Islas Canarias. Ilumina de pronto el pico de Tenerife [Teide] mientras la parte inferior de la isla permanece aún oculta por ligeras nubes: primera jornada deliciosa, seguida de tantas otras cuyo recuerdo nunca se borrará”.<sup>4</sup> Pero es en una carta a su padre con fecha del 8 de febrero de 1832 desde la bahía de San Salvador (Brasil) donde narra la mejoría de su salud y el mutismo formado a bordo por la aplicación de la cuarentena:

El 6 por la tarde entramos en el puerto de Santa Cruz. Ahora me encuentro por primera vez medianamente bien, y me estaba imaginando el deleite de la fruta fresca que crece en hermosos valles y leyendo la descripción de Humboldt de las magníficas panorámicas de las islas, cuando (quizás puedas suponer nuestra decepción) un hombrecillo pálido nos informó que debíamos guardar una estricta cuarentena de doce días. En el barco se hizo un silencio sepulcral hasta que el capitán gritó «arriba el foque» y dejamos aquel lugar por el que tanto habíamos suspirado.<sup>5</sup>

Pero no deja constancia clara por escrito del disgusto, la frustración, que le causaron la noticia por no poder disfrutar de Tenerife. Sería el capitán Robert Fitz Roy el que lo haga. Después de comentar lo insatisfactorio de la elección del Teide como punto cero para calcular la longitud por algunos geógrafos y quejarse de lo poco atractiva que resultaba la ciudad de Santa Cruz por su aspecto árido y escasez de arbolado, sigue relatando en su *Diario*:

Justo cuando nuestra ancla había tocado fondo, se aproximó casi a nuestro lado un bote de Sanidad Marítima, que transportaba al vicecónsul británico y a varios oficiales de cuarentena que, tras escuchar de dónde veníamos, nos dijeron que sería imposible conceder permiso para que alguna persona desembarcase; y que no podía esperarse ninguna comunicación personal, hasta que no realizáramos una estricta cuarentena de doce días de duración. Esta regulación fue adoptada a causa de los informes que habían obtenido ellos respecto al cólera en Inglaterra. Siendo las observaciones sobre la costa indispensables para nuestro propósito, y encontrando, tras algún análisis, que no había posibilidad de lograr nuestro objetivo de manera que compensase en modo alguno el retraso causado por fondear y realizar la cuarentena, levamos anclas sin pérdida de tiempo y nos hicimos a la vela hacia las islas de Cabo Verde.

Esta fue una gran desilusión para el Sr. Darwin, quien había abrigado la esperanza de visitar el Pico. Verlo –anclar y estar a punto de desembarcar, y sin embargo, verse obligado a despedirse sin la más ligera esperanza de contemplar Tenerife de nuevo– fue para él en verdad una calamidad real.<sup>6</sup>

Con gran pesar para Darwin, el día 8 de enero el capitán Fitz Roy decidió continuar su rumbo. De esa manera, el más grande de los científicos del momento, no pudo satisfacer sus ilusiones. Sirvió de consuelo al joven Darwin la contemplación de la espléndida

panorámica por la calma del mar cuando el *Beagle* se distanciaba lentamente del muelle:

Durante el día estuvimos sin viento entre Tenerife y Gran Canaria y aquí experimenté por primera vez algún placer. La panorámica era magnífica. El pico de Tenerife, visto entre las nubes, parecía otro mundo. El único inconveniente era nuestro deseo de visitar esta magnífica isla.

José Luis García Pérez señala que a bordo del *Beagle* iba el dibujante Augustus Earle,<sup>7</sup> sin embargo, no terminó el viaje por problemas de salud. En Montevideo tuvo que abandonar la expedición y regresar a Inglaterra.

Como el propio Darwin reconoce, el viaje del *Beagle* fue el suceso más importante de su vida a pesar de que las relaciones con el capitán Fitz Roy poco a poco se fueron deteriorando. Ambos eran muy diferentes en las formas de ser y pensar y hasta tuvieron altercados porque el carácter del capitán “era deplorable en extremo”... “y cuando perdía los estribos su conducta era totalmente irracional”, comenta Darwin en su *Autobiografía*.<sup>8</sup>

#### **Viajeros por las Islas Canarias (4)** **Nicolás González Lemus**

---

<sup>1</sup> DARWIN, Charles (1997). *Autobiografía y cartas escogidas*. Alianza Ed. Madrid, p. 83.

<sup>2</sup> DESMOND, Adrian & MOORE, James (1991). *Darwin*. Penguin. London, p. 91.

<sup>3</sup> DARWIN, Charles (1987). *Autobiografía*. Alta Fulla. Barcelona, p. 65.

<sup>4</sup> DARWIN, Charles (1982). *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*. Anjana Ed. Madrid, p. 15.

<sup>5</sup> DARWIN, Charles (1997). p. 275.

<sup>6</sup> FITZ ROY, Robert (2013). *Viajes del Adventure y el Beagle. Diario*. Catarata. Madrid, pp. 61-62.

<sup>7</sup> GRACÍA PÉREZ, J. L. (1988). *Viajeros ingleses en las Islas Canarias*. Caja de Ahorros. Santa Cruz de Tenerife, p. 281.

<sup>8</sup> DARWIN, Ch. (1987). pp. 66-67.